



A mi querido amigo Frank

Alejandro Tapia y Rivera

*«Llega una edad sin nombre
que no es vejez, ni juventud, ni infancia».*

Hernando

*«En que la flor y la ilusión del hombre
pierde el matiz y la sutil fragancia».*

Jacobo

*Edad en que debiera permanecerse, porque es el punto de intercepción de maduras
experiencias que van viniendo, con las ilusiones que se van marchando: encrucijada
entre la cuna y la tumba, entre la fe y el desencanto.*

El Bardo de Guamaní

«La vida es el ruido que hace la muerte para que no se oigan sus pasos» ha dicho un célebre escritor. En la juventud el ruido es más intenso; aquellos se oyen menos aun, permítaseme esta adición. En esa edad dorada, el fuego de la vida, que Prometheo robó a los dioses, arde más activo en los corazones; la vida puede decirse que termina con aquella edad. Lo demás es existir en sombra y en recuerdo.

La juventud y el genio son mellizos; ambos viven del entusiasmo: la poesía es el entusiasmo sujeto a ritmo. ¿Qué tiene pues de extraña la afición que ella inspira a la juventud? Los que han recibido de la cuna el don de la forma, de la expresión, serán mejores poetas que esos genios misteriosos, almas poéticas privadas de manifestación, pero no más poetas: seres cuyo estro permanece subjetivo, que no han sabido formular sus vagas concepciones: palabra sin letras, armonía sin sonido, poesía en éxtasis o en

acción. ¿Quién no ha hecho versos? exclamó Larra ¿quién no lo ha intentado? -Dígalo vuestra particular historia en este mundo, seres amigos que me leéis; preguntadlo a las sensaciones de vuestra infancia, a los primeros impulsos amorosos de vuestra juventud. El amor, que es la poesía en su más delicada forma, es la nodriza de los poetas; él es quien mueve por primera vez las cuerdas de sus lirás. Si habéis amado, pues, ¿en qué libro hallasteis un idilio más bello que la sonrisa de vuestra hermosa? ¿dónde elegía más tierna que su mirada lacrimosa y expresiva? ¿qué arpa más dulce que su palabra de amor arrobadora? Si vuestro corazón se ha encendido en la noble hoguera de una patria, en el santo fuego de la humanidad, esa patria hoy de los altos espíritus, de los grandes corazones; ¿en dónde hallasteis poema tan divino? Formulad, rimad esos destellos de un don celeste, y tendréis creaciones tan placenteras como las campestres de Virgilio, tan amorosas como las de Tasso; tan heroicas como las de Quintana, tan celestiales como las de Milton; poesía misteriosa como lo íntimo del alma, aérea como la luz, vagarosa como el suspiro, muda como el pensamiento; poesía solitaria que, como el ave errante, se cierne en los aires, sin que el inhumano cazador que la persigue, alcance a escuchar la dolorida voz de su quebranto.

Yo también, amigo Frank, gracias sin duda a la dorada edad, he divagado en espíritu por esos mundos apocalípticos, ideales, heme mecido en las flotantes nubes del misterio, he llegado a llamar a las puertas de lo infinito, he vivido entre las visibles tinieblas, pálido crepúsculo que solo ha servido para mostrarme las sombras de mi alma; como Dante, he amado a Beatriz, he vivido con el espíritu en aquella Florencia que le dio el ser, y al lúgubre sonido de la campana de la tarde, he ido a llorar a un claustro las amarguras de una vida, que hacía más solitaria la triste y eterna ausencia de la hija de Portinari; hase paseado mi alma por las riberas del Arno, envuelto mi pensamiento en las brumas borrascosas de la edad media, suspendido entre Grecia y Roma, entre el Partenón y el Vaticano, teniendo siempre ante mis ojos la imagen triste, el fantasma de mi Florencia, de aquella «*Serva, di dolore ostello*» que se levantaba de vez en cuando en la oscuridad de mi destierro, para arrancarme una lágrima de piedad o el sarcasmo de la ironía:

nave seriza no chiero in gran tempesta
ne donne di provincie ma bordello!

He comido el lastimero pan de que habla el poeta, aquel «*pane altrui qui sa da sale*»; heme batido dudoso entre Güelfos y Gibelinos; por último, he llevado en mi corazón toda una cittá dolente, obligado a dejar ante sus terribles puertas ogni speranza. Y sin embargo, todo esto ha pasado en los abismos de mi yo latente y oscurecido, sin encontrar ni un arpa, ni un salterio melodioso capaz de expresar cuanto he alimentado en mi alma, sepulcro cubierto con la losa de un semblante con frecuencia risueño, pero risueño con esas guirnaldas con que se adornan las losas de los muertos. He pecado a mi vez, he escrito versos y heme arrepentido con propósito de una enmienda que ha sido ilusoria.

Tú y yo acabamos de dejar la primavera, ese «buen tiempo» para entrar en el abrasado estío; aun conservamos algunas ilusiones; treguas pues al completo desencanto a que nos va llevando la experiencia. Y cuando el encanecimiento, quizá prematuro, llegue para nosotros, sea la nieve de un Soratá que no podrá apagar en mucho tiempo el fuego que arde en nuestras entrañas. Para esto me complazco en recoger algunos de los suspiros y pensamientos que, a manera de hojas secas, ha ido dejando mi alma en su mundana peregrinación. Con estas hojas secas podré atizar un tanto el mortecino hogar de las yertas estaciones, de la triste vejez, si allá se llega.

Lejos de mí creer que tengan alguna significación para el arte ni para el vasto mundo del pensamiento estos juguetes con que voy a formar una de tantas colecciones inútiles. Estas composiciones, que solo representan momentos de viveza juvenil, habrán de ser nada significativas para quien busque en ellas más que un frívolo pasatiempo; ellas solo serán de algún crédito para los amigos del poeta, cuyo indulgente cariño puede hacer, de una medianía, un genio Byroniano. Los ojos afectuosos sabrán leer en un alma tierna y vigorosa, y sabiendo leer en este poema ¿cuál les parecerá más grande? Ellos podrán tenerme presente en esas ausencias que a menudo dispone la rueda del mundo y que son ensayos de la eterna.

Por otra parte, las semblanzas y los retratos están en moda -si aceptamos los de los indiferentes, con más razón deberé yo procurarme el retrato de aquel «buen tiempo» que me es tan querido-. Lo pasado es una religión para los que no son felices, y el recuerdo es la rosa de la poesía. -Por lo que hace a ti, amigo mío, ¿podría mi buen tiempo aspirar a un espacio cariñoso en ese álbum reservado que se llama tu corazón?

Acoge pues esta fotografía de mi juventud; en ella figura, a manera de ameno paisaje, alguna memoria consagrada a la tierra en que nacimos, un recuerdo de aquellos campos y aquel cielo de nuestra Borinquen, risueños para nosotros a pesar de nuestra ausencia. Tu imaginación hermosará mis pensamientos, y tu cariño de amigo de la infancia y de compatriota, serán para la palidez del cuadro una luz a que puedan contemplarse sin desagrado. Recuerda que la belleza está en los ojos del que mira.

Recibe con esta modesta colección de poesías que titulo mi «Adiós al buen tiempo» un apretón de manos y un abrazo de tu invariable

Alejandro.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo